

LISBOA, 3 de mayo.—A las cinco de la tarde, un entrañable amigo español residente en Lisboa, llama al hotel donde nos hospedamos Eduardo Haro y yo, llegados pocas horas antes.

—Aquí, en la calle donde trabajo, hay una manifestación de empleados de teléfonos, que piden la dimisión del director.

Voy a Rua Andrade Corvo, donde está la sede de Telefonos de Lisboa e Porto (TLP). La compañía tiene más de doce mil trabajadoras, que pertenecen a veintisiete sindicatos diferentes. Al parecer, éstos tenían prevista la manifestación para el lunes 6, pero la base se ha adelantado.

CUANDO llegué, la manifestación llevaba allí más de media hora. Había llegado ya un grupo militar. Una comisión «ad hoc» se hallaba dentro del edificio de TLP (siete plantas de moderna y sobria factura, en curso de ampliación lateral). Fuera, la calle corta y tranquila, estaba completamente llena a lo ancho (unos veintidós pasos) y a lo largo de la fachada de TLP y edificios colindantes.

Estuve media hora entre los manifestantes, que me dieron datos y claveles. La entrada al edificio estaba prohibida, pero los soldados que guardaban la puerta me franquearon el paso cortésmente al ver mi carnet de prensa. La escena de esta catarsis democrática se encontraba en la primera planta del edificio.

Ocupada casi totalmente por la oficina de despacho público, está dividida por un largo mostrador. Detrás hay setenta u ochenta mesitas, todas iguales y con idéntico letrero. Leo uno: «Assistente n.º 14 —y debajo— 2494100 a 2519999». En muchos puestos, en un vaso, ramos de margaritas o claveles. Entre el mostrador y los amplios ventanales, que hacen diáfana la planta, el espacio habitualmente destinado al público es ahora ocupado por la comisión y los soldados. Los directivos permanecen en un despacho interior. En la calle está el inmenso y sonoro coro, protagonista a la hora de las decisiones. Por los balcones de las casas vecinas —seis o siete plantas y alguna fachada de azulejos— asoman niños y mujeres. Veo varias colgaduras de banderas portuguesas, que también se ven en la calle llevadas por los manifestantes. A veces, alguna banderita roja y multitud de pancartas. Cuento entre grandes y pequeñas como medio centenar. Leo varias:

«Torna-se imperiosa a remodelação das estruturas desta empresa».

«Limpeza geral nos TLP fora com os ditadores obrigado m. forças armadas».

«Viva general Spínola».

«Durante 48 anos foi bon mas acabou-se».

«Direcção justa exijan o pagamento».

«12,50 para almoçar, que miseria...!!».

Los portadores y manifestantes son jóvenes empleados de ambos sexos. Forman un conjunto variopinto, moteado de trecho en trecho por los monos azules de los operarios más antiguos; éstos llevan casi



Lisboa, viernes 3 de mayo, ocho menos cuarto de la tarde, en la Rua Andrade Corvo. Manifestación frente a la sede de Telefonos de Lisboa e Porto, pidiendo la dimisión de la directiva.

UNA MANIFESTACION DE LA BASE

Víctor Márquez Reviriego

todos un rojo clavel sobre la gorra o el pecho.

De vez en cuando, algún miembro de la comisión se asoma a la ventana y dice su parlamento explicando la marcha de las negociaciones (la directiva, al parecer, rehúsa dimitir «en estas condiciones»). Los manifestantes aplauden o reprobaban y luego retornan a sus gritos, voces y canciones. Se grita una y otra vez «Fora direcção, fora direcção!», y a continuación, la frase ritual de esta primera semana de mayo: «O povo unido jamais será vencido», que al irse reiterando se hace más corta y contundente: «O pó uní jamá será vencí... La mano alzada con los dedos formando la «u» de la victoria es el gesto que acompaña las voces. Unos pocos levantan el puño. Alguno, la mano semiabierta en un gesto híbrido...

Los soldados, en traje de campaña, fusil en bandolera y clavel en mano, miran silenciosos y sonrientes. Cuando, como con frecuencia

ocurre, no logro entender lo que se grita, me lo explican, se asoman para escuchar mejor, me lo escriben letra a letra... Este pertenece a la Escola Prática da Infanteria, de Mafra, y lleva el uniforme con camuflaje de las fuerzas ultramarinas. El mismo con el que solía fotografiarse Spínola cuando estaba en Guinea. Pronto marchará a Angola, pero no parece preocupado por ello. Es, por lo visto, alférez, aunque yo lo he estado confundiendo con un cabo primero, porque no lleva estrellas, y me cuenta que una vez vinieron a su escuela militares de Zaragoza para un coloquio. Manda a los soldados un joven capitán llamado Horta. Viene a saludarme, y charlamos. Al despedirse, después del cordial apretón de manos, pregunta:

—¿No necesita nada más?

Para tratar de hallar una salida al «Impasse» («dimisión»-«no dimitir

mos»), el capitán establece contacto con la Junta de Salvação Nacional (JSN), órgano representativo del Movimento das Forças Armadas. Son cerca de las siete.

Desde el ventanal, una empleada explica a los de la calle cómo van las negociaciones. Cuando termina, la aplauden con ganas. A su lado está ahora el capitán. Tres empleados han ido a hablar con un teniente coronel cercano a la Junta, «pero como hay que resolver muchos problemas, tendremos que aguardar hoy y tal vez mañana». Los de afuera dicen que hoy, y la joven trata de convencerlos (llegan en este momento varios miembros de la Policía Militar con la PM escrita sobre su immaculado casco blanco). Habla el capitán por un megáfono. Le interrumpen los aplausos. Vuelve a hablar, y le interrumpen los gritos de protesta. Por lo visto, ha dicho que si no reciben hoy a los delegados, habrá que irse a casa y esperar. No, no y no. (Una chica da un cigarrillo a un soldado).

Después, todo se desarrolla así, minuto a minuto:

7,05: Lluve. La calle se llena de paraguas, y muchas pancartas son colocadas horizontalmente, a modo de toldo.

7,07: Llega una columna militar. Grandes aplausos.

7,08: El capitán pide que se retiren de las ventanas.

7,09: Se grita «O povo unido jamais sera vencido», cada vez con más ritmo y fuerza. Los espectadores de los balcones se unen a las voces y hacen la «uve» con los dedos.

7,12: Un suboficial, que lleva puesto en la manga «Operaciones especiales», me dice que los empleados dicen que no trabajan mientras no cambie la dirección.

7,15: El mayor que manda la columna recién llegada llama por teléfono.

7,17: Un sargento de la PM, al que acaban de dar una flor, pide por favor que no se suban a las ventanas, «que se van a caer».

7,18: Nuevas voces contra la directiva: «Fore, fore, fore!».

7,19: Una de las señoritas que más gritos daba cuando se dialogó con los directivos, dice que digan a los de afuera que se callen, que el mayor no puede hablar por teléfono.

7,20: Deja de llover.

7,21 «Fascistas, fascistas!» (contra la directiva).

7,22: Sube como una marea: «Qué tunos, qué tunos, qué tunos!».

7,24: Pregunto si el mayor ha logrado hablar con la Junta, y me responden que ha pedido más soldados.

7,25: Nueva marea de voces. No comprendo. Un cabo miliciano (estudiante) me dice: «Dicen que ellos estarán con nosotros siempre», y me escribe: «O povo armado jamais sera deixado».

7,26: Nuevo grito que tampoco entiendo, y el cabo va a ver, y vuelve diciéndome, en nuestra algarabía particular, «que es condenado para los dereltores».

7,27: Todos cantan. El sargento de la PM, con el casco blanco en una mano y haciendo la «uve» con la otra, que maneja a modo de batuta, dirige la canción. Más o menos, dice así:

«Canta, canta, amigo, canta, ven a cantar nuestra canción, porque solo no eres nada y todos tenemos el mundo en la mano».

7,30: Siguen cantando.

7,32: «Um, dois, tres, quatro: O Marcello está no papo».

7,34: «Um, dois, tres: Tudo para o xadrez».

7,35: Oigo algo que se estrella contra el cristal de la ventana donde estoy asomado. Sólo es un paquete de cigarrillos que regalan a los soldados.

7,36: «O povo armado jamais sera deixado».

7,37: «Fora, direcção, fora direcção!».

• • •

He pasado al otro lado del mostrador para telefonar. Me llega el son: «Qué tunos, qué tunos, qué tunos!». Sobre las ocho menos cuarto escucho el inconfundible ruido de los tanques en la calle. Dejo el teléfono y me asomo corriendo a la ventana, pensando en lo que puede ocurrir.

No pasa nada.

La gente abra calle con orden y por ella pasa un jeep, seguido de varios vehículos blindados y un impresionante carro de combate. Se destapa la torreta y sale un tanquista sonriente, con su característico casco y un clavel en el ojal de la chaqueta de cuero.

7,47: Un grito unánime y atronador: «Vitoria, vitoria, vitorial!».

7,49: La gente sube a los vehículos blindados y al carro. Y todos juntos cantan: «Qué tunos, qué tunos, qué tunos!».

7,51: El mayor que mandaba la primera columna sube a la ventana. Aplausos. Quiere hablar. Siseos pidiendo silencio. Cuando se callan comienza así: «Sabemos las razones que os asisten. Sabemos... momento histórico... Sabemos que... no podemos... comprendo perfectamente vuestra impaciencia... hay multitud de difíciles problemas... no hagáis las cosas más difíciles de lo que son...». Aunque no logro entender todo lo que dice, por cómo lo dice y por la expresión que, como en un inmenso espejo repetido, veo en los rostros de los que abajo escuchan, me doy cuenta que es un orador nato. Le gritan «Molto ben» repetidas veces. Luego pide que se vayan y le dicen que no. Más gritos. Toma el megáfono. Pide atención. Se explica más o menos así: «Ya esperaba que dijerais eso, pero tenéis que comprender que no vamos a tirar a la directiva por la ventana, porque aquí no se hacen juicios sumarios...».

Son más de las ocho y sigue el diálogo mayor-manifestantes.

• • •

Ha tenido que irme, y vuelvo poco después en compañía de Haro. Está lloviendo otra vez, y al entrar en la calle nos cruzamos con la columna militar que sale... Todo ha terminado. A las nueve menos diez, los directivos salieron del edificio y entran a un vehículo blindado.

Manifestantes haciendo la «uve» corren al lado de los blindados y se encaminan hacia la Avenida da Liberdade.

Son las nueve, hora portuguesa. Es decir, hora europea. ■

La Capilla siXtina

¡AY, PORTUGAL, POR QUE TE QUIERO TANTO!

Entro en la escalera de casa y oigo la voz de Encarna cantando a voz en grito:

"Ay Portugal, por qué te
[quiero tanto.
¿Por qué? ¿Por qué te envi-
[dian todos, ay, por qué?,
será, será que tus mujeres
[son hermosas,
será, será que el vino alegre
[el corazón,
será que huelen bien tus
[lindas rosas,
será, será que estás bañada
[por el sol".

Está la chica en pleno trajín de baldeo semanal.

—No se ponga usted ahí, que acabo de fregar.

Y continúa cantando:

"Somos cantores de la tierra
[lusitana,
traemos canciones de los
[aires y del mar,
vamos llenando los balcones
[y ventanas
de melodías del antiguo Por-
[tugal.
Oporto riega en vino rojo las
[laderas...".

Con los pies temerosos en la raya de la puerta, mis ojos recorren las paredes del piso de Encarna. Donde estuvo un "poster" de "El Che" aparece ahora una doble página de peyorístico donde Spinola abraza a Soares; donde Alvaro Cunhal, con esa cara de Blas de Otero que la naturaleza le ha dado, atiende gravemente el entusiasmo de la multitud; donde un Pide, con los ojos tan agrandados como su pánico, contempla a la multitud que le insulta como si no comprendiera el orden de las personas y las cosas. La bandera del Vietcong, que cuelga sobre la cama de Encarna, comparte su predominio visual con una bandera de Portugal. Y si uno observa bien el vestuario de esta

Encarna ensañada recuerda el que lució Paqueta Rico en "Lavanderas de Portugal".

—Cambiando de mitología, vaya.

—Don Sixto, estoy eufórica y sus chanzas me resbalan. ¿No era usted el que se cachondeaba de todo reaccionarismo hablando del "nivel portugués" de la política? Pues chúpese ésa. Nos han pasado la mano por la cara.

—Ahora va a resultar que tú siempre habías presumido un cambio de Portugal.

—Que había condiciones objetivas y subjetivas, Don Sixto. Que se veía venir.

—¿Desde cuándo veías venir tú lo de Portugal?

—Desde lo del secuestro de la "Santa María" por Galvao.

—¡Pero si tú acababas de nacer, farsante!

—Instinto de clase, Don Sixto. Y la familia. Que mi padre no era del PSOE como el suyo.

Ya debía concluir el baldeo, porque Encarna se quita el delantal; el improvisado gorro y me tira de la manga para que me meta en su piso. Es entonces cuando huelo a comida y a comida apetitosa.

—No me dirás que estás gui-sando.

—Bacalao a la portuguesa. Capa de patata, capa de cebolla, capa de bacalao, bechamel y gratinado. Le estaba esperando y le invito a cenar.

Atónito, me he derrumbado en uno de esos sillones de Encarna que parecen requisados de un burdel de Sodoma y Gomorra. Regresa la chica con una botella de vino portugués, blanco, de los maduros. Brindamos por Spinola, Soares, Alvaro Cunhal; nos comemos el bacalao como si tragáramos horizonte y patria; bebemos como cosacos portugueses; cantamos todo lo que sabemos en portugués, desde el "Lisboa Antigua" hasta "Una casa portuguesa". Nos brilla a los dos la mirada del cuerpo y del alma. ■

SIXTO CAMARA